

la palestra, y adquieren y se dan la importancia de grandes hombres; lo mismo sucede en las revoluciones literarias que tienden á dar libertad al entendimiento humano, y especialmente en las revoluciones de la poesía. Brilla una aurora de regeneracion y se dá el grito de libertad; prescindo de que esta revolucion innovadora traiga ó no consigo mejoras necesarias, y reformas de buen gusto: es una revolucion y basta; todas las revoluciones, buenas ó malas, literarias ó políticas, se llaman al principio regeneraciones: fermenta el entusiasmo; se agita la juventud capitaneada por algun hombre de reputacion anterior; establécense periódicos literarios, en cuyas columnas aparecen cada dia composiciones notables firmadas por nombres desconocidos ayer, y de los cuales llegan pronto á adquirir celebridad los que mas descuellan entre todos: formánse sociedades literarias, liceos y ateneos: comienzan las polémicas razonadas entre los órganos de la vieja escuela y los corifeos de la nueva; inaugúrase en fin una era brillante de poesía y rica de porvenir para las letras; siquiera empiece en medio de esos desbordamientos del gusto, de esos desvaríos de la imaginacion y de esa exageracion de opiniones con que empiezan necesariamente todas las revoluciones políticas y literarias; el gobierno toma en cuenta los talentos eminentes que hacen honor á su país y les utiliza como mejor lo entiende, sinó les ahoga sumiéndoles en una oficina ó en un archivo, por querer y no saber protegerles. Entonces la gente de letras se divide en dos clases: una que teniendo fé en su talento y en sus propias fuerzas, y no queriendo abandonar sus estudios favoritos ni renunciar á su independencia por unos destinos para los cuales se conceptúa inútil, to-

ma las letras como profesion, y trabaja, y produce obras, que si no la conducen al templo de la fortuna, la abre las puertas del de la fama: los de esta clase son pocos. La otra, que comprendiendo que son mas lucrativos y mas cómodos de desempeñar los empleos que la profesion de las letras (y sobre todo la poesía,) dejan secarse su pluma y enmohecerse su lira entre el polvo de los legajos, cediendo poco á poco su lugar en el campo literario y en la prensa periódica á otros mas atrevidos pero menos aptos, los cuales no hubieran jamás llegado á ocuparle, si aquellos hombres de verdadero mérito no se le hubieran abandonado. Entonces aquellos talentos de segundo orden, no acertando á hacer nada bueno ni nuevo por sí propios, unos por fanatismo de escuela, otros por no conocer lo que hacen en su insensatez ó en su vanidad, se convierten en imitadores serviles de los primeros: echando á perder las obras de sus predecesores, que tuvieron al menos el mérito de la oportunidad y la gracia y frescura de la originalidad. Aquellos que con génio innovador, con mérito positivo y conciencia de sí mismos, lograron el fruto de sus trabajos y el aprecio y la recompensa de su valer, no se sienten y con razon dispuestos á ayudar las pretensiones de los que vienen tras ellos, sin saber añadir una sola piedra al pedestal que ellos levantaron, ni aumentar un quilate al valor de lo que ellos hicieron. Entonces los segundos, creyéndose injustamente desdeñados por la gente de valer literario, y sin comprender que su empeño es inoportuno, y que nada puede añadir á una obra que ya está hecha, á una regeneracion que está ya lograda, á una revolucion que ya está concluida, se dejan arrastrar por el mal impulso de su exaltada bilis y cegar por su ig-

norancia, y se lanzan á criticar cuanto ha quedado ya reconocido como valioso y de buena ley; y tan faltos de criterio y de ciencia para aplicar á nada el compás de una crítica sana, como sobrados de osadía y de impudencia para atreverse á todo, descenden pronto al terreno cenagoso de las personalidades, á donde no les sigue por supuesto ninguna persona de juicio y de educacion; pero en el cual divierten mucho á los ignorantes de mala intencion, á las lavanderas y á los cocheros. Entonces es cuando se desacreditan las letras, los literatos y sobre todo los poetas: quienes confundidos por el vulgo con estos copleros roedores de famas, pasan á los ojos de la multitud por gente perdida, díscola y perjudicial ó cuando menos inútil; y llega el caso en que un jóven que pretende por esposa á una señorita de buena familia, ó un empleo de alguna responsabilidad y posicion social, se ve poco menos que obligado á jurar en manos del sensato padre de la novia, ó del ministro del ramo á que pertenece el destino que solicita, que ni en su vida ha hecho ni leído un verso, ni conoce de vista ni de nombre á poeta alguno vivo ni muerto. En estas situaciones, pasagero reinado del desórden y de las medianías, tanto literarias como políticas, es cuando nacen aquellos pequeños periódicos, cuyos redactores guardan el anónimo porque ó su nombre no es conocido ó lo es desventajosamente, y en cuyas columnas aparecen en vez de artículos, filípicas agresivas y personales, que tienden á empañar las mas altas reputaciones políticas ó literarias con recuerdos malignamente intempestivos, con aserciones calumniosas, ó con coplillas personalmente insultantes. Entonces es cuando aparecen aquellos libelistas que, sin respeto al decoro de las personas ni

al secreto de las familias, para probar que un hombre es un mal hacendista, un mal general, un mal gobernador, un mal médico ó un mal poeta, no se paran en penetrar villanamente en el sagrado interior del hogar doméstico, para descubrir y alegar en contra de las personas los defectos, los vicios, ó las miserias inherentes á la flaqueza humana, y que no influyendo de modo alguno en su empleo ni en su profesion, y de los cuales el hombre no es responsable sino ante Dios y su conciencia, no prueban de modo alguno la ineptitud ni el demérito personal en la integridad del ministro, en el valor del general, en la justicia del gobernador, en la ciencia del médico, ni en el ingenio del poeta: sino la malignidad, la falta de lógica y la estupidez del escritor, que cree que la libertad de imprenta es la facultad de escribir necedades, insultos ó calumnias, y que la critica consiste, no en corregir los vicios generales que traen perjuicio á la sociedad entera, ó á alguna de las clases de que se compone, sino en atacar las faltas individuales, que no pueden ser nocivas mas que al individuo y que nadie tiene derecho para tildar, porque no están sujetas á mas tribunal que al de la conciencia. En semejantes épocas, cada mes de esta anarquía literaria ó política atrasa diez años la civilizacion de los pueblos y los adelantos de las letras, rebajando en la opinion pública la estimacion de los que á ellas se dedican. En estas épocas, en las cuales todos se atreven á todo, nadie produce nada: porque en vez de servir la libertad de imprenta para difundir entre el pueblo las luces de la ilustracion, no sirve mas que para descarriar sus opiniones, viciar sus buenos instintos, é interesarle en mezquinas intrigas ó en miserables ódios personales: y no

estando ninguna reputacion al abrigo de la malevolencia ó de la calumnia, nadie ni nada dura en favor mas que un dia: y los grandes, los sábios y los héroes caen en ridículo tras un pasagero momento de favor, y los que ayer eran ídolos coronados de flores y ensalzados por los escritores y los poetas y el pueblo, mañana son objetos de la befa y escarnio de la plebe y de los libelistas venales, que manchan con la baba de sus escritos la memoria de las épocas liberales, cuyas instituciones tienden á difundir la ilustracion y á establecer en los pueblos la igualdad ante la ley, la tolerancia y la fraternidad, que son las que traen con el órden la prosperidad á las naciones. Al fin esta fiebre revolucionaria se calma: este género de publicaciones anónimas muere en el olvido, agoviada bajo el peso de desprecio universal: sus autores quedan en la misma oscuridad del anónimo del cual no se atrevieron á salir: el agua que revolviéron vuelve á serenarse, y las reputaciones por ellos difamadas, las obras atacadas por su bilis, su envidia ó su ignorancia, vuelven á sobrenadar en la superficie límpida del mar de la opinion general: y cuando los nombres ilustres de los hombres de valer aparecen entre sus olas bogando hácia las riberas, como vajeles que se creian perdidos en la tormenta, son saludados desde la playa con los aplausos entusiastas de la nacion, que reconoce por suyos aquellos nombres que la dan gloria, como reconoceria los colores de su pabellon en los masteleros de las naves de su marina.

Tal es la historia de todas las revoluciones literarias y políticas de todos los tiempos y de todos los países, con la diferencia de accidentes con que las visten las varias costumbres de las épocas en que se efectúan. Por tales revo-

luciones ha tenido que pasar y aun está pasando la literatura mexicana; pero de las dos clases de ingénios que producen todas las revoluciones literarias, es decir: los hombres de fé y de independecia que hacen su profesion de las letras, y los de talento literario positivo, pero que aplicándole á la política, ganan honrosamente por él merecida consideracion y acomodada posicion social, México solo ha producido los segundos. Prieto, Lafragua, Carpio, Páimo, Pesado y otros, han debido á su reputacion literaria el haber llegado á ser ministros, diputados, embajadores, &c., pero ¿dónde está el poeta mexicano, que cantando con fé la hermosura, la gloria, la nacionalidad de su patria, se ha hecho en ella popular, y ha obligado á su pueblo á aplaudirle, á los editores á comprarle sus manuscritos, á los teatros á franquearle su escena y á los gobiernos á respetar su independecia, como Breton y Larra en España, como Victor-Hugo y Dumas en Francia? Me dirán que las revoluciones no le han dejado brotar: pero yo digo que las revoluciones no ahogan al génio, sino que le fecundan y le hacen florecer; porque en las revoluciones es cuando las almas de génio, ó buscando en la soledad y en el estudio abrigo contra sus tormentas, producen sus obras cantando como el fénix solitario en la inaccesible montaña, ó hacen oír sobre el tumulto sus victoriosos cantares, como sus gritos el águila cerniéndose en medio de la tempestad. Además, cuando el talento se empeña en hacerse considerar y respetar por una sociedad, por muy dislocada que esta se halle, como él sepa elegir el tiempo oportuno y trabaje con fé y tenacidad para plantear y lograr su intento, rara vez deja

de conseguirlo. El talento es una palanca de la cual todos los gobiernos tienen necesidad: los gobernantes y los magnates no pueden desear poseer cosa mejor que talentos que celebren sus hechos gloriosos, que preconicen su justicia, que consignen en libros los anales del tiempo de su dominación, para que su pueblo y su posteridad les juzgue sabios, justos y civilizadores, que apoyen y sostengan sus atrevidas y útiles innovaciones, ó que escusen, en fin, sus imprescindibles errores; y por poco que el talento haga comprender á los gobiernos la utilidad de que puede servirles, los gobiernos se apresuran á utilizarle, y los pueblos aprenden á respetarle. ¿A qué debe Augusto su fama eterna y su era el título de siglo de oro, sinó á la protección dada por él á las letras y á las artes? ¿Quién, que haya estudiado su historia, ignora que Augusto no tuvo ni una sola virtud, y que su vida fué un tejido de cobardías y de infamias, de bajezas y de tiranías? ¿A qué debió Luis XIV., cuyos caprichos, cuya lujuria y cuyas dilapidaciones prepararon la ruina de la monarquía francesa y la revolución de 93 el sobrenombre de Grande? á la protección que tuvo buen cuidado de otorgar á las artes y á las letras: porque aquellos dos tiranos sabían muy bien que mas brilla desde lejos el oropel que el oro, que mas ruido meten veinte que gritan que veinte mil que callan, y que la posteridad suele leer la historia de los reyes y de sus reinados en las páginas que quedan escritas en los monumentos que dejan tras de su era, sin pararse á calcular lo que costaron: y tal vez la juzga por las alabanzas de los contemporáneos, protegidos entonces por su poder y esceptuados por consiguiente de su tiranía. Pero no ha habido época ni region alguna, en la

cual el talento no haya preponderado, tomando la forma que el gusto ó las exigencias de su siglo requieran. ¿En qué consistió la preponderancia del clero en la edad media? En que el clero era la única clase de la sociedad que estudiaba, y por consiguiente la única que sabía lo que entonces se conceptuaba digno de saberse; mas claro: en que el clero era el talento, y todo el que lo tenía se adhería á él. Porque jamás es la fuerza la que domina, sino que siempre es el talento el que dirige la fuerza; porque una fuerza bruta y sin dirección no tiene mas poder que el de la inercia: es como una inmensa montaña que se opone al paso; pero una inmensa montaña, que no puede trasponerse, ni horadarse, ni allanarse, se rodea por la falda y se deja atrás. La nación mas guerrera con el mayor ejército en pié, pero sin generales y por consiguiente sin disciplina, será indudablemente vencida por un pequeño ejército disciplinado al mando de un buen general. ¿Por qué? porque el ejército es la fuerza bruta y el general el talento que la dirige; y las innovaciones hechas en las costumbres y en las creencias de los pueblos modernos, por la aplicación de los descubrimientos científicos del siglo á la industria y á las necesidades sociales, les hacen enteramente diferentes de los pueblos antiguos y contribuyen cada dia mas evidentemente á entronizar en ellos el dominio de la inteligencia. Pero esta cuestión no es de este lugar: pues debo limitarme á la cuestión literaria, á la influencia de la literatura y de los literatos en México. La extensión que han dado á los conocimientos humanos la perfección de la imprenta y la aplicación del vapor á la industria, haciendo hoy que una fábrica pueda producir miles de resmas de papel por dia y una

prensa miles de pliegos impresos por hora, ponen los libros al alcance de todas las fortunas, y por consiguiente el saber al de todos los entendimientos. Esta generalización del saber, esta estension de los conocimientos humanos, ha aumentado naturalmente la dignidad de los pueblos instruyéndolos, y ha cohartado los abusos de los gobiernos despóticos, que no pueden gobernar ya á los pueblos por su capricho como manadas de ovejas, sino por la razon y por la justicia como á masas inteligentes, capaces de oponer la razon al abuso, y la resistencia á la injusticia; de modo que los gobiernos han ganado en decoro, lo que los pueblos han avanzado en dignidad y en conocimientos de sus derechos políticos y sociales; por lo cual, ciñendome á los literatos, la proteccion que hoy reciben de los gobierns ilustrados es muy diferente de la que les dispensaron los reyes pasados: porque hoy el trabajo protege á todo el que trabaja; y la produccion del trabajo, ingresando en el capital universal de la sociedad, es estimada por la utilidad general que reporta al capital comun, aumentando sus intereses: así que hoy no necesita ya el talento humillarse para ser protegido, ni los gobiernos humillar á los literatos con una proteccion otorgada con desdén y como de limosna: porque esta proteccion es el interés de su trabajo literario y el producto de su capital, mas que el favor atorgado gratuitamente por el poder. Además, los reyes y los gobernantes de nuestro siglo, no son ya aquellos capitanes bárbaros, cuya sola ciencia era la guerra, cuya única virtud era el valor y cuya suprema gloria la de los combates: sino hombres en cuya educacion entran las ciencias, la literatura y las artes como parte muy principal; y bajo el gobierno de tales hombres,

necesariamente han de ocupar las letras y los literatos el honroso puesto que les corresponde. Así es que hasta en los paises mas atrasados en civilizacion y sujetos todavía á las absurdas preocupaciones viejas contra los hombres de letras, la influencia del siglo los ha elevado al poder: y á pesar de sus tenaces preocupaciones, en México como en los demás, figuran en primera línea en todos los partidos los hombres distinguidos por su saber, y á quienes ha conducido á los altos puestos que ocupan su reputacion literaria. Volvamos los ojos á nuestra España, que tiene fama de dejar morir á sus ingénios en la miseria como á Cervantes, ó en el ostracismo como á Goya y á Moratin. Antes de 1833 valia á Breton una comedia cincuenta pesos y regalaba el duque de Rivas su *Moro Espósito* al editor Salvá: por no poder arrancarle dos mil miserables francos que por el manuscrito de aquel poema le habia prometido; pues bien: la tenacidad con que Breton, el duque de Rivas, Gil y Zárate, V. de la Vega, Larra y otros persistieron en hacer de las letras una profesion, despertaron primero la codicia de los libreros y despues la atencion de los gobiernos; poco á poco fueron apareciendo editores, y el interés comercial exigió de los gobiernos la promulgacion de leyes capaces de garantizar la propiedad literaria. Fundáronse liceos y ateneos, en cuyos salones y teatros leyeron sus versos los duques de Frias y de Rivas, y á cuyas cátedras subieron el marqués de Valdegamas y otros, que no mancharon sus blasones probando que tenian talento y educacion literaria. S. M. Doña Isabel II asistió al Liceo, no como reina, sino como sócia artista de la seccion de pintura, y se sentó á pintar delante de su caballete como los de-

mas socios, é hizo caballeros de Carlos III y de Isabel la Católica á la mayor parte de los literatos, poetas y artistas de alguna fama, y el pueblo se acostumbró á leer en los carteles de los teatros los nombres de los grandes de España, de los ministros de la corona y de los altos dignatarios del estado, que se dedicaban á la literatura; y al ver tratado al talento con estimacion y respeto por el gobierno, comprendió que el talento era respetable y digno de estima. Reglamentáronse y se subvencionaron los teatros, fundóse un conservatorio de música y declamacion para formar la educacion de los cómicos; y el público empezó á asistir al teatro, no solo para divertirse en un espectáculo tenido por inmoral, pernicioso para las costumbres y tolerado no mas por los gobiernos bajo una censura rígida, sino para conocer, estudiar y admirar las obras maestras de su antigua literatura nacional, y para aplaudir y animar á los ingenios modernos á seguir la huella de aquellos grandes maestros, cuyas producciones llenaron de gloria á su patria, en un espectáculo considerado útil y necesario en los pueblos civilizados, protegido vigorosamente por el gobierno, y honrado diariamente con la presencia de S. M.: quien recibia graciosamente en su palco, despues de la representacion, al autor de una pieza coronada con un éxito brillante, colocando tal vez con su propia mano una condecoracion sobre el pecho del aplaudido poeta, como á Rubí, en presencia del pueblo, que rompía en vivas frenéticos á S. M.; porque comprendia que redundaba en honor suyo el que recibia de una manera tan ostentosa el ingenio de uno de sus conciudadanos. Esta es la posicion actual de los literatos y la consideracion de que goza hoy la literatura en los países civilizados: ba-

jo la proteccion, no del favor personal de los reyes ó de los grandes como en otro tiempo, sino de las leyes amparadoras de la propiedad literaria, y á sombra de unas instituciones rechazadas hace treinta años como atentatorias contra la tranquilidad pública, perseguidoras de la religion, atropelladoras de la propiedad y destructoras en fin de las bases en que apoya la sociedad; porque hace treinta años creian nuestros padres que liberalismo y libertinage eran una misma cosa, y el nombre de constitucion era el coco de sus imaginaciones; suponiendo que una constitucion era, no un código legislativo que marcaba los derechos y obligaciones de los ciudadanos para con los gobiernos y de los gobiernos para con los ciudadanos, sino una carta blanca para desencadenar á la plebe contra las clases altas, á los holgazanes y á los mendigos vagabundos contra los ricos y los trabajadores, á los pillos y á los revoltosos contra los hombres honrados y pacíficos, para dislocar, en fin, completamente la sociedad; pero nosotros nos dimos, como todos los pueblos modernos, una constitucion, la cual fuimos reformando conforme lo fueron exigiendo las circunstancias; nos batimos siete años por sostenerla contra el partido absolutista, y al fin, establecida la constitucion y el gobierno liberal, vimos que la nacion se administraba y se gobernaba sin que las constituciones se hubieran tragado á la sociedad, y el pueblo empezó á sentir los beneficios de ciertas innovaciones que restringian ciertos abusos, y la utilidad general que reportaban las mejoras materiales; y se cambió la faz de la España de tal modo, que el que salió de ella en 1836 y volvió en 47, desconoció sus carreteras, sus campos y sus poblaciones, regeneradas visiblemente por el nuevo siste-

ma de administracion. En esta regeneracion entraron, como todo, la literatura y las artes; y bajo el amparo de las nuevas leyes, las obras literarias produjeron rentas á sus autores, el talento penetró por sí mismo en las altas regiones del gobierno, que premió á los literatos con destinos mas ó menos análogos á su capacidad, y se han publicado en veinticuatro años cientos de obras de todas especies; muchas de ellas utilísimas y de no poca consecuencia, como la historia de la revolucion del conde de Toreno, las obras literarias de Martinez de la Rosa, las filosóficas de Balmes y Donoso Cortés, y la historia general de España de Modesto Lafuente (Fr. Gerundio): además de dos mil comedias, de las cuales el infatigable Breton ha producido mas de trescientas. ¿Por qué el árbol de la libertad no ha dado en México los mismos frutos literarios? ¿Por qué los poetas mexicanos no han producido obras de consecuencia y no han creado un teatro nacional (no un coliseo, sino un repertorio de obras dramáticas,) limitándose á escribir composiciones líricas y poémitas de pocas dimensiones? Uno de esos escritores de mal humor, que tienen por sistema no hallar bueno mas país que el suyo, capaces de sacrificar á su mejor amigo por decir un chiste y á una nacion entera por dar importancia á su personalidad, y que pretenden decir ex-cátedra de una cuestion difícil con un axioma escéntrico, con una conclusion estrambótica y jamás enunciada, ó con unas cuantas frases dogmáticas y campanudas, le diria á V. que México no ha podido producir génios dominadores ni obras literarias de grande consecuencia, porque está todavia sometido á tres malas influencias: á la supersticion del siglo XVI, á las preocupaciones del XVIII y á

la empleomanía del XIX; pero es preciso juzgar los hechos por sus causas y examinar el origen de las que contribuyen á sostener los vicios políticos, administrativos, religiosos ó morales de una sociedad ó de una nacion, antes de echarlos en cara y de inculparla por ellos: y aunque semejantes cuestiones no pertenecen al poeta, es necesario tocarlas aquí someramente; porque además de que tratándose de naciones tan revueltas como la España, México y los demas pueblos que fueron españoles, á los cuales parece que las naciones que se llaman cultas se creen con derecho para tratar á cada paso de bárbaros y de salvajes, nunca está demás que haya un escritor que diga cuatro palabras en su abono aunque no sea mas que un poeta, es imposible que al tirar de un cabo de tan enredada madeja, no vayan desprendiéndose muchos, pues todos los hilos están trabados unos en otros. Las supersticiones del siglo XVI y las preocupaciones del XVIII, estuvieron alimentadas en México, como en España de quien dependia, por su mismo sistema de gobierno, por su método esclusivo de enseñanza, vinculada entonces justa y naturalmente en una sola clase, porque esta era la única que estudiaba, y ¿quién habia de enseñar sino el que sabia? y por la coaccion, en fin, con la cual restringia toda innovacion y adelanto en las ideas la preponderancia coercitiva de la inquisicion; influencias y coacciones de las cuales no podia emanciparse México, que dependia de nosotros, porque nosotros no empezamos tampoco á rechazarlas hasta principios de este siglo, despues de la invasion francesa, de las revoluciones del año 12 y del 23, y despues de reformar nuestros sistemas de gobierno y de enseñanza: porque la supersticion y las preocupaciones de

muchos siglos, no pueden desarraigarse de una raza en solo los treinta años, y por solo el esfuerzo de una generacion: pues se necesita que contribuyan á su desarraigo lo menos tres generaciones; una que, comenzando á no respetarlas, las ataque: otra que, encontrándolas ya débiles y fáciles de atropellar, las derroque; y otra, en fin, que las reciba ya como tales supersticiones y preocupaciones, en los principios fundamentales de su educacion, reducidas á tradicion de hechos y errores pasados y no constituidas en principios ú opiniones influyentes todavía. México no ha tenido tiempo de corregir ciertos vicios ni de desarraigar ciertas preocupaciones, porque lleva apenas una generacion de nacionalidad: y esa generacion la ha pasado en revoluciones continuas, las cuales no han podido producir los grandes resultados que las de otras naciones, porque mas han sido disensiones y luchas de partido por divergencia de opiniones, guerras de intereses parciales y cuestiones de forma, que lucha de principios fundamentales, y que regeneracion y establecimiento completos de su vitalidad nacional. La única revolucion positiva de México, es su emancipacion del dominio de España; se hizo independiente: este es un hecho, cuya consecuencia fué la necesidad de constituirse, de darse un gobierno mexicano, puesto que dejó de ser colonia española: y determinó constituirse en república. Pero durando aún la generacion mexicana que estuvo constituida en monarquía, necesariamente tiene que sufrir todavía a influencia de las tradiciones, de las costumbres y de las preocupaciones monárquicas: así es que siendo México una república, es decir, el gobierno mas eminentemente liberal, todavía presenta su pueblo la anomalía de que el mayor nú-

mero de sus bandos políticos tienen ódio ó miedo al liberalismo y á los sistemas constitucionales: y en todas las revoluciones, casi todos sus partidos y casi todas sus clases reclaman fueros, privilegios y exenciones, incompatibles con las repúblicas: en las cuales no hay, ni puede haber, mas que ciudadanos iguales ante la ley y gozando todos de unos mismos derechos, desde el presidente que baja de su silla presidencial cumplido el tiempo de su presidencia, para volver á ingresar en la familia nacional de los ciudadanos. Todos los partidos, todas las opiniones coinciden en una sola aspiracion: la de la independencia mexicana, la de la conservacion de su nacionalidad; pero cada cual la quiere bajo la forma que cree mas conveniente: de donde resulta que mientras el trascurso del tiempo, ó la aparicion de un hombre de génio y prestigio suficientes para arrastrar en pós de sí las opiniones divergentes no las reasuman en una sola, las revoluciones parciales son inevitables, é inestinguibles las guerras de partido, que entorpecen ó retardan el establecimiento de una homogeneidad nacional. Y como en tales situaciones de transicion, los principios que son inconcusos para los unos son aberraciones paradójicas para los otros, y los hombres que son ídolos para un partido son objetos del encono ó de la mofa de los contrarios, los unos se esfuerzan en ridiculizar lo que los otros divinizan: y los partidos como los individuos se acostumbran á no respetarse unos á otros, y todo concluye al fin por vulgarizarse ó caer en ridículo. Hé aquí por qué la literatura mexicana, cuyo progreso no puede menos de ir íntimamente ligado con el de su política, no ha producido génios dominadores, poetas eminentemente nacionales, ni obras literarias de